
EL PROPAGADOR

de la

LIBERTAD.

El que escribe siembra.
El que lee recoge.

HISTORIA.

ROMA.

Salustio era todo de Cesar y de su partido, y de consiguiente no es extraño que se manifieste tan contrario á Ciceron. Por otra parte tambien debemos desconfiar de las prevenciones inversas de *Tito-Livio* á quien Augusto llamaba el *Pompeyano*. En fin *Tácito*, austero, moroso, severo, enemigo de la monarquía, echando de menos á la república y sus virtudes, debió cargar el cuadro vicioso que habia trazado.

Ninguna historia presentó nunca como la de Roma tantos asuntos de sólida y verdadera instruccion, pues encierra todos los intereses á la vez: lejislacion, guerra, política, una infinidad de graves circunstancias y una multitud de grandes hombres. Lo que la caracteriza principalmente es la unidad en la accion principal, que es la conquista del mundo, la marcha constante hácia ese único objeto, y el desarrollo de aquel gran sistema, que nada puede interrumpir, ni aun la perpetua guerra intestina de la democracia contra la aristoceria, guerra que al pa-

recer y al primer golpe de vista, debió minar sordamente la república hasta su destrucción, y acaso, tan cierto es que los resultados no corresponden á veces á la intención ó á las apariencias, no hizo mas que entretener su vigor y desarrollar sus fuerzas con mas eficacia. En efecto, los tribunos y el populacho á quien representaban, persiguiendo sin cesar á los Senadores, los obligaron á permanecer unidos, á no dejarse ofender, á poner á la cabeza de los negocios á los mayores talentos, á predicar, á cada instante, practicándolo ellos mismos, respeto á las leyes, amor á los Dioses y adhesión á la patria, virtudes que aseguran infaliblemente la gloria y duración de los imperios.

Que magnífica serie de cuadros en todo jénero nos presenta la rica y bella historia de Roma! Si queremos rasgos sin número de verdadera sabiduría, de ilustrada política, de noble desinterés, de puro patriotismo; si queremos saber como se puede contener á un pueblo feroz, numeroso, siempre ajitado por furibundos magistrados ilegalmente instituidos para escitar la rebelion, desencadenando las pasiones; si queremos ver como á fuerza de constancia, de longanimidad, de cálculo y valor una sola ciudad puede llegar á ser un grande imperio, estudiemos en *Tito-Livio*, en los primeros siglos de la república, á aquel Senado ilustre, á esos cónsules anuales, que cuentan tantos heroes como nombres.

Si deseamos saber como, despues de haber subyugado á todos sus vecinos, un pigmeo hecho coloso, se abalanza hácia el resto de la tierra, derribando cuanto se le opone, consideremos en *Polibio* el espectáculo magnífico de Roma sometiendo para siempre á Cartago, su terrible rival; á Felipe, heredero de la memoria de Alejandro; á Antioco aquel opulento monarca del Asia; á los feroces Etolios; la Grecia tan fecunda en heroes, y la Macedonia, tan orgullosa de la conquista del Universo.

Si queremos examinar como puede la pérdida de las costumbres, la destruccion de los principios y la fuerza de las cosas en el interior, aniquilar un sistema que tantos prodijios causó en el exterior, leamos á *Salustio*.

Si pretendemos considerar el feo cuadro de una tiranía increíble, leamos á *Tacito*. Y que lástima para nosotros modernos que una pluma tan fuerte no nos haya transmitido por oposicion la felicidad de la monarquía en los hermosos reinados sucesivos de Trajano, de Marco-Aurelio y Antonino.

Por último si queremos, cualquiera que sea nuestra posicion social, buscar para nosotros mismos ejemplos de virtudes análogas, abramos á *Plutarco*, y encontraremos en tan precioso depósito de todas las virtudes y de todos los talentos de la Antigüedad, todo lo mas propio para ilustrar la carrera que recorreremos; coleccion admirable, que dos ó tres veces al año era el estudio favorito de un monarca ilustrado (el gran Federico), y que han hecho decir á muchos que si se tratase de salvar una obra de la antigüedad, á costa de todas las demas, seria preciso escoger á *Plutarco*!

J. Güell y Poenté.

JEOGRAFIA.

EUROPA OCCIDENTAL. — PARTE AUSTRAL.

ESPAÑA.

DIVISIONES ADMINISTRATIVAS. — Se dieron en el primer cuadro del tomo 1.º *Véase*.

PORTUGAL.

POSICION ASTRONÓMICA. — *Lonjitud* occidental, entre 9º 25' y 11º 40' *Latitud* entre 36º 58' y 42º 7'

DIMENSIONES. — *Mayor longitud física*, desde las inmediaciones de Melgaço, en el Minho, hasta las cercanías de Faro, en los Algarves, 309 millas. *Mayor latitud física*, desde las cercanías de Campo-Mayor, en el Alentejo, hasta el cabo Roca, en Estremadura, 129 millas.

CONFINES. — Al norte y al este, la monarquía española. Al sur y al oeste el Océano atlántico septentrional.

PAISES. — El reino de Portugal propiamente dicho, el de los Algarves y el Archipiélago de las Açores.

OROGRAFÍA. — Los montes de este país son continuación de las cordilleras del *sistema hespérico*, que atraviesa la monarquía española. Los *puntos culminantes* en el suelo portugués son:

1º El *Foya*, en los Algarves, perteneciente al grupo meridional, de 638 toesas de alto.

2º La *Sierra de Estrella*, en la provincia de Beira, en el grupo *Central*, de 1077 toesas,

3º El *Gaviara*, en el grupo *septentrional*, en el Minho, de 1,230.

ISLAS. — Las costas de Portugal no presentan mas que islotes. Los mas notables son:

1º El *Grupo de las Berlengas*, en frente de Peniche, provincia de Estremadura.

2º El de *Faro*, en frente de la ciudad de su nombre, reino de los Algarves.

Pero en medio del Océano, á unas 300 millas de las costas de Portugal, se encuentra el importante *archipiélago de las Açores*, cuya superficie se estima en 800 millas cuadradas.

LAGOS. — No hay ninguno, de bastante importancia, que merezca mencionarse.

RIOS. — En compensacion tiene Portugal muchos rios. Los mayores vienen de España; los demas nacen en sus montes, y unos y otros desembocan en el Océano Atlántico; á saber:

1º El *Minho* (Miño), que viene de España, y no hace mas que tocar la frontera septentrional pasando por *Melgaço*, *Valença* y *Caminha*.

2º El *Lima*, viene de España, y atraviesa la provincia de Minho pasando por *Ponte-da-Lima* y *Viana*.

3º El *Douro* (Duero), viene de España, separa á los *Tras-os-montes* y al *Minho* de la provincia de *Beira*, pasa por *S. Joao-da-Pesqueira*, *Peso-da-Regoa* y *Oporto*. Entra en el Océano mas abajo de esta última ciudad.

Sus afluentes sobre el territorio Portugués, por la derecha, son: 1.º el *Sabor*, 2.º el *Tua* y 3.º el *Tamega*.

Afluente á la izquierda, el *Coa*.

4º El *Vouga*, nace en los montes de la provincia de *Beira*, atraviesa esta provincia, y desagua en el Océano mas abajo de *Aveiro*.

5º El *Mondego*, que es el mayor de los que nacen en Portugal. Sale de la sierra de *Estrella*, atraviesa la *Beira* y las grandes llanuras de *Coimbra*, y forma los puertos de *Figueira* y de *Buarcos*.

6º El *Tejo* (Tajo), viene de España, separa la *Estremadura* del *Alentejo*, baña *Abrantes*, *Santarem*, *Aldea-Gallega*, y *Lisboa*, desembocando en el Océano mas abajo de de esta ciudad.

Afluentes por la derecha: 1.º El *Elga*; 2.º el *Ponsel*; 3.º el *Zezere*

Afluentes por la izquierda: 1.º El *Sever*; 2.º el *Zatas*; 3.º el *Cunha* con el *Almansor*.

7º El *Saado* ó *Sadao*, que algunos llaman impropriamente el *Caldao* en la parte superior de su curso. Nace en el *Alentejo*, atraviesa esta provincia y la *Estremadura*, pasa por *Alcacer-do-sal* y *Setubal*, y despues de formar una laguna al sur de esta última ciudad, entra en el Océano.

8º El *Guadiana*, viene de España, toca la frontera Oriental de los *Algarves*, y pasa por *Jerumenha*, *Castro-*

Marim, y mas abajo de *Villa-Real* desagua en el Océano.

NOMENCLATURA GEOGRAFICA.

PARTE POLÍTICA.

COMPAÑIAS DE COMERCIO. — Son asociaciones de muchos comerciantes, para ciertas operaciones, cuyas ganancias y pérdidas se reparten entre sí. En nuestros dias la compañía inglesa de las Indias-Occidentales ha llegado á ser la potencia preponderante del Asia, y de ella dependen mediata ó inmediatamente casi toda la India y muchos paises del Indo-China.

CARAVANA. — Es una reunion de mercaderes ó pelegrinos, ó unos y otros, que, con un jefe á la cabeza, viajan juntos para prestarse mútuos socorros contra los peligros del camino, ó contra los ladrones ú otros enemigos. Las relaciones de la Rusia con el Turkestan-Independiente se verifican por medio de caravanas.

Los marinos dan el nombre de *Caravana* á muchos navios mercaderes que van reunidos.

COLONIAS. — Las propiamente dichas son establecimientos de cultivo y comercio, en partes mas ó menos lejanas de Europa, dependiendo absolutamente de su metrópoli; y las que aun subsisten se hallan sujetas á leyes de monopolio y proibicion.

CIUDAD. — Una *ciudad* puede ser grande, ó respecto al número de sus habitantes, ó respecto á su estension. La *belleza de una ciudad* consiste en calles anchas, rectas, bien empedradas, muy limpias, y bien alumbradas de noche; en casas bastante grandes, cómodas, de buen gusto en arquitectura y bien alineadas; en plazas de figura regular, adornadas con hermosos edificios, colocadas en medio de la ciudad, ó bien inmediatas al centro, pero no á la estremidad, á menos que no sea junto á las

puertas; en fin, los alrededores han de ser risueños, con hermosos paseos y propios para los placeres de los habitantes.

Esto se aplica á la Europa, y, hasta cierto punto, á los establecimientos formados en otras partes del mundo por los Europeos modernos; pero es susceptible de muchas modificaciones por el clima, las costumbres y el gusto de los diferentes pueblos. El calor de los países que se hallan junto á los trópicos hace que la sombra y frescura sean lo mas delicioso de ellos. Allí serian muy incómodas las grandes plazas de Londres, casas sin pórticos y calles muy anchas. No es menos diferente en cada pueblo el gusto en arquitectura, de modo que en Oriente, por ejemplo, se considera muy bello lo que nos parece raro, ordinario y mezquino. En jeneral debe llamarse *hermosa* la ciudad cuya situacion, distribucion y edificios estén en armonia con el clima y necesidades de sus habitantes.

CAPITAL. — Es la ciudad en que residen las administraciones jenerales de un estado, ó aquella en que reside el gobernador de una provincia.

A. de Covert-Spring.

BIOGRAFIA.

ALEJANDRO DUMAS.

ARTÍCULO 2º

Volvíme á la posada algo desanimado, pues los dos primeros hombres, que habia visto, habian soplado sobre mis sueños de oro y los habian empañado. Tomé otra vez el almanaque de las 25 mil noticias; pero ya mi alegre confianza habia desaparecido; experimentaba aquella

opresion de ánimo que va siempre en aumento cuando empieza el desencanto ; ojeaba el libro maquinalmente, leyendo sin comprender, cuando ví un nombre, que tan á menudo habia oido pronunciar á mi madre y con tantos elogios, que tuve un arrebató de alegría ; era el del jeneral Verdier, que habia servido en Ejipto á las órdenes de mi padre. Metíme en un birlocho y me hice llevar al arrabal de Montmartre, n.º 4, donde vivia aquel.

— El jeneral Verdier ? pregunté al portero.

— Al cuarto piso de la izquierda. — Se lo hice repetir aunque yo lo habia entendido perfectamente.

Caramba ! dije subiendo la escalera. No se parece esto ni á los lacayos con librea del Mariscal Jourdan, ni al alcaide del palacio Sebastiani — *El jeneral Verdier, cuarto piso de la izquierda* — Este hombre se acordará de mi padre.

Llegué á mi destino. Un modesto cordoncito verde se hallaba junto á la puerta designada, y tiré de él con una palpitacion que no pude dominar. Era la tercera prueba, que estaba yo aguardando, para saber á que atenerme acerca de los hombres.

Oí pasos que pronto se acercaron ; abrióse la puerta, y compareció un hombre de unos 60 años, con un gorro guarnecido de piel de astrakan, chaqueta con alamares y pantalon con pié ; llevaba en una mano una paleta llena de colores y en la otra un pincel. Creí haberme equivocado y miré hácia las otras puertas.

— Que se os ofrece caballero ? me dijo.

— Deseo ponerme á la disposicion del jeneral Verdier ; pero es probable que me equivoco ?

— No, no, no os equivocais ; aqui es. — Entónces me hizo entrar en un taller.

— Con vuestro permiso, Caballero ? me dijo el del gorro continuando un cuadro de batalla, en cuya pintura le habia yo interrumpido.

— Sin duda, y solo con que tengais la bondad de decirme donde encontraré al jeneral..... —

El pintor se volvió hácia mi.

— Toma! yo soy! me dijo.

— Vos..... — y al decir esto fijé la vista en él con tanta sorpresa, que no pudo menos de reir.

— Os admira verme manejar el pincel, no es así? replicó, despues de haber oido decir que manejaba tan bien el sable? Que quereis? Las manos me hormiguan y es preciso que las ocupe en algo. Al grano, que quereis de mí, veamos.

— Jeneral, le dije, soy hijo de vuestro antiguo compañero de armas en Ejipto, de Alejandro Dumas.

Volvióse con viveza hácia donde yo estaba, me miró fijamente, y luego al cabo de un instante de silencio;

— Y es verdad, me dijo, sois su vivo retrato.

Dos lágrimas se le asomaron á los ojos, y, echando el pincel, me tendió una mano que mas ganas tenia yo de besar que de estrechar entre las mias.

— Y á que venis á París, pobre muchacho, continuó porque, si tengo buena memoria, viviais con vuestra madre no sé en que lugar?

— Verdad es, jeneral; pero mi madre se vuelve vieja y somos pobres.

— Dos canciones, cuya música sé perfectamente, dijo murmurando.

— Por eso he venido á Paris con la esperanza de obtener un empleillo para cuidar de ella á mi vez; del mismo modo que lo ha hecho ella hasta ahora.

— Muy bien! pero un empleo no se logra con tanta facilidad en estos tiempos; hay una infinidad de nobles que colocar y con todo apechugan.

— Pero, jeneral, yo he contado con vuestra proteccion.

— Eh.....? — Repetí mis últimas palabras.

— Mi proteccion? — Sonrióse amargamente. — Hijo mio:

si quieres aprender la pintura , mi proteccion llegará hasta enseñártela , y aun no serás nunca un gran artista , si no lo haces mucho mejor que tu maestro. Mi proteccion? Pues bien ! Te agradezco infinito esta palabra , porque en el dia , acaso solo á tí en el mundo se le antojaria pretenderla.

— Pues como?....

— Acaso esos mentecatos no me han dado el retiro con pretesto de no sé qué conspiracion!.... de modo que , ya lo ves , estoy haciendo cuadros. Si quieres imitarme , ahí tienes paleta , pinceles , y un lienzo de 36.

— Gracias , jeneral , pero nunca he sabido hacer mas que ojos ; por otra parte el aprendizaje seria demasiado largo , y ni mi madre ni yo podemos esperar.

— Que quieres amigo ? es cuanto puedo ofrecerte... ah ! y la mitad de mi bolsillo ; no me acordaba porque no merece la pena — En esto abrió el cajon de un escritorio en el que me acuerdo que habia dos monedas de oro y unos cuarenta francos en plata.

— Gracias , jeneral ; con poca diferencia , soy tan rico como vos — Entónces tenia yo á mi vez lágrimas en los ojos — Gracias ; pero me aconsejareis sobre los pasos que tengo que dar ?

— Oh ! todo lo que quieras. Vamos á ver ¿ en que altura te hallas ? — Volvió á tomar el pincel y se puso otra vez á pintar.

— He escrito al Mariscal Duque de Belluno —

El jeneral , terminando entónces una cara de Cosaco , puso un jesto que podia traducirse con estas palabras : « Si no contabas con otra cosa , pobre Alejandro.....!! »

— Tambien traigo , añadí respondiendo á su idea , una recomendacion para el jeneral Foy , diputado de mi departamento.

— Ah ! eso es diferente. Pues bien ! querido , te aconsejo que no esperes la respuesta del ministro ; mañana es do-

mingo, lleva la carta al jeneral, y nó temas, que te recibirá bien..... Dime, quieres comer conmigo? hablaremos de tu padre.

— Con mucho gusto, jeneral.

— Pues bien, déjame trabajar y vuelve á las seis.

Al instante me despedí del jeneral Verdier, y bajé los cuatro pisos con un corazon mas lijero que cuando los habia subido; las cosas y los hombres empezaban á presentármese en su verdadero punto de vista, y este mundo que hasta entónces me habia sido desconocido, se desenvolvía á mis ojos tal como el jenio del bien y del mal le dirijen, bordado de bueno y de malo con matices de horror.

Al dia siguiente me presenté en casa del *honorable* jeneral, y me hicieron entrar en su gabinete, en donde se hallaba trabajando su *Historia de la Península*. En el momento en que entré, escribía en pié, en una de aquellas mesas que se levantan y se bajan como se quiere, y al rededor de él estaban esparcidos con aparente confusion, discursos, mapas jeográficos y libros medio abiertos.

Volvióse al oír que abrian la puerta de su santuario, con la viveza que le era característica, y puso en mi sus ojos penetrantes. Yo temblaba como un azogado.

— Mr. Alejandro Dumas?... me dijo.

— Si, jeneral.

— Sois el hijo de aquel que mandó en jefe el ejército de los Alpes?

— Si, jeneral.

— Era un valiente. Puedo serviros en algo? Lo haré con mucho gusto.

— Gracias por el interés que me demostrais. Tengo que entregaros una carta de M. Danré. (1)

— Oh! mi buen amigo!.... Que hace?

(1) *A M. Danré debo efectivamente cuanto soy, suponiendo que sea yo algo. Perdóneme si le nombro, pues bien sabemos que la gratitud es indiscreta.*

— Se considera feliz, y tiene un noble orgullo en haber contribuido á vuestra eleccion.

— Contribuido! — abriendo la carta — decid que á él se la debo. ¿ Sabeis, continuó con la carta abierta sin leerla, que respondió de mí á los electores con su persona é intereses? Espero que no le reconvengan mucho por mi eleccion. Veamos lo que dice — Se puso á leer la carta. — Ah! os recomienda con muchísimo interés; bien se conoce que os quiere.

— Como á su hijo.

— Pues bien! Veamos. — Se acercó á mí. — Que harémos de vos.

— Todo lo que querais, jeneral.

— Antes de todo, necesito saber para que sois bueno.

— Oh! para muy pocas cosas.

— Vamos á ver, que sabeis? algo de matemáticas?

— No, jeneral.

— A lo menos tendreis algunas nociones de álgebra, de geometría, de física? — Se detenia á cada palabra, y á cada palabra sentia yo que la sangre se me asomaba á las mejillas, y que el sudor caia de mi frente. Era la vez primera que se me ponía cara á cara con mi ignorancia.

— No, jeneral, respondí titubeando. — Entónces reparó en mi encojimiento.

— Habeis estudiado leyes?

— No, jeneral.

— Sabeis el latin y el griego?

— Un poco.

— Hablais algunas lenguas vivas?

— El italiano bastante bien, el aleman bastante mal.

— Pues entonces trataré de colocaros en casa de Laffite. Entendeis el comercio?

— Ni una palabra. — Yo me estaba quemando á fuego lento; el mismo padecia visiblemente por mí.

— Oh! jeneral, le dije con un acento que, al parecer le

hizo mucha impresion, no sé nada apenas, han descuidado completamente mi educacion, y lo mas vergonzoso es que hasta hoy no lo he conocido; pero me instruiré no lo dudeis, os doy mi palabra de honor.

— Pero, entre tanto, amigo mio, teneis con que vivir?

— Oh! nada absolutamente — respondí, abrumado con el sentimiento de mi nulidad. —

El jeneral reflexionó un instante.

— Dadme las señas de vuestra casa, me dijo, y ya pensaré en lo que pueda hacer por vos. —

Me presentó tinta y papel; yo tomé la pluma con la que este hombre acababa de escribir. La miré, aun toda mojada y la puse encima del bufete.

— Que haceis?

— No escribiré con vuestra pluma, jeneral; seria profanarla. Apenas hube escrito algunas palabras, cuando se puso á palmotear de alegría.

— Victoria! exclamó.

— Porqué?

— Teneis muy buena letra. —

Dejé caer la cabeza sobre el pecho, pues no tuve fuerzas para sostenerla. Muy buena letra! He aquí cuanto yo sabia, y esto era un despacho de incapacidad!

Luego podia aspirar á ser un escribiente..... que bello porvenir!..... Ah! de buena gana me hubiera cortado el brazo derecho.

El jeneral Foy continuó sin notar lo que pasaba en mí.

— Escuchad: hoy como con el duque de Orleans y le hablaré de vos: poneos ahí — Me indicó una mesita — Haced un memorial y escribidlo lo mejor que podais. —

— Obedecí con humilde puntualidad, que hubiera sido gran recomendacion para mi futuro jefe de oficina si hubiese podido verme.

Cuando hube acabado, el jeneral Foy escribió algunas líneas al márgen. Su letra hacia un terrible contraste con

la mia y esto mismo me humillaba cruelmente, luego dobló la solicitud, púsose la en el bolsillo, y tendiéndome la mano en signo de á dios, me convidó á almorzar con él al dia siguiente.

A. de Covert-Spring.

POESIA.

A ELENA (1).

Surge amica mea, columba mea, formosa mea,
et veni.... surge.... ostende mihi faciem tuam,
sonet vox tua in auribus meis: vox enim tua
dulcis, et facies tua decora.....

Cantic. canticor. Salom. cap. 11. ver. 10 y 14.

Plácido sueño mio,
De mis potencias májico embelezo.
Idolatrada Elena!
Ya en la celeste bóveda serena

(1) *Ciertas circunstancias, que seria ocioso referir, habian levantado una barrera entre los amantes Elena y Claudio. El amor que se profesaban contaba ya seis años de duracion, y cada dia, cada momento, crecia mas voraz su fuego con la amarga privacion de aquellas dulces conversaciones de que se alimentáran un dia. Pero bien pronto estos amantes supieron hallar un consuelo en medio de sus pesadumbres. Vivian en una misma casa, en un mismo piso; pero en diferente habitacion. Una pared delgada separaba las alcobas en que los enamorados pasaban suspirando las largas noches. Su voz, sus suspiros, hasta su respiracion se dejaba percibir en el nocturno silencio, y esta felicidad, que por nada del mundo hubiesen trocado, paliaba en gran manera los dolores de su separacion.*

Tendióse el manto de la noche espeso ;
 La Luna macilenta
 Rauda entre sombras corre ,
 Y del monte , del fresno y de la torre
 Las orgullosas cúpulas arjenta ,
 Ya en las estancias el hogar espira
 Y solo resplandecen temblorosos
 Los astros silenciosos
 Que absorta el alma mira ,

Perosus ojos, ávidos del objeto amado, no podian estasiarse en su contemplacion mútua , y resolvieron proporcionarse un medio de satisfacer este deseo. Dos ventanas, que solo distan una de otra un palmo, se lo facilitaron. Daban empero á la calle, y era forzoso aguardar la noche.

Cuando se oia por segunda vez el monótono canto de los serenos ; cuando los deudos de uno y otro amante dormian profundamente , entónces con un lijero golpe en la pared, Claudio daba la señal á su Elena que velaba á par de él. Abandonaban el calor y las plumas de sus lechos , y asomaban sus rostros, llenos de temor y alegría , cada cual á su ventana. ¿ Quien seria capaz de espresar el ardoroso lenguaje de su conversacion ? ¿ Quien la inefable satisfaccion de contemplarse tan de cerca ? Constantemente los sorprendia la madrugada , siendo para ellos un momento las cuatro horas que pasaban conversando. Ni sentian la necesidad de dormir , ni el frio que se apoderaba de sus mal abrigados miembros.

Algunas noches Elena dejaba de salir ; hora sea porque le habian cerrado la puerta que abria paso á la ventana, hora porque descontenta de la conducta de su amante , se abstenia de acudir á la cita con el objeto de hacerle espigar los desvíos en que tal vez incurriese. Este canto fué compuesto una noche en que Claudio aguardó inútilmente la salida de su Elena.

Mientras la audaz meditacion suspende.
 Ningun mortal las densas sombras hiende
 Y el monótono canto
 Del hombre velador anuncia al viento
 Que el ángel suave de soproso aliento
 Jentes cobija con su feble manto.

¿ Acaso, todavía
 La blanda paz del amigable lecho
 Dichosa disfrutando,
 Duermes, Elena mia?
 Duermes, y está velando
 Tu amante fiel, y su ardoroso pecho,
 Mientras que verte espera,
 Bárbara dislacera

Feroz agitacion? ¿ Como no corres
 A dispensar benéfica alegría
 Al corazon de angustias devorado,
 Durante el largo resplandor del dia?
 Desde el oriente al austro levantado
 Al polo opuesto el Sol ha descendido,
 Y para mi alma ha sido
 Su tardo curso una ecsistencia entera:

¿ Temes acaso, amiga,
 La vijilancia fiera
 De alguien que injusto nuestro amor persiga?
 O á los acentos de tu amante puros
 El calor suave del mullido lecho
 Indólente prefieres? Satisfecho
 No está acaso tu amor del amor mio?
 Pude ofenderte en mi inocencia, Elena?
 Abre, y la blanca frente
 Asoma al fin, y en que faltára dime!
 Dímelo, amor, y acallrás la pena
 Que mi pecho inocente

Entre duda y temor fluctuante oprime.

Abre, que el cierzo helado
Silva en mis sienes y el calor estingue
De mi aterida tez: jélidas gotas
La yerta noche sobre mí destila,
Y la humedad del verdinegro césped
Mis frias plantas penetrante arruga.

De mis calientes sábanas los goces
Para adorarte abandoné contento.

Son mis plumas feroces
Puntas de erizo, que en atroz tormento
Se encrespan contra mí, como sin verte
La dulce imájen de la muda muerte
En mi retiro invoque: como intente
Los párpados cerrar, aguda espina
Los hiere y los inclina
Hácia la tez y la espaciosa frente,
De mis sentidos sacudiendo el sueño.

Abre, adorado bien, tu afable rostro
Muéstrame al fin risueño....
Mas no! no riendo salgas!.... de tu risa
Oríjen yo no fuese, y en mi seno
Sútil cundiera cual voraz veneno
Cruel inquietud.... Mil plácidas venturas,
Felicidades puras
Sin término te brinde al cielo imploro;
Pero ah! del bien que adoro
Mas gratas son á mis ardientes ojos
Las lágrimas vertidas
Por mis ciegos enojos,
Que no risas nacidas

De cualquier causa que de mi no penda.
No mi espresion, amado bien, te ofenda:

Que un corazón, si ardiente y puro adora,
 Antes se place en enjugar el llanto,
 Que en ver la risa, ó escuchar el canto
 De amada posesora.

Sal de tu albergue y las humildes sayas
 La rosa-leche de tus miembros cubran.
 Sobre tu frente el cándido tesoro
 Que el mar de Persia abandonó á sus playas,
 Nunca mis ojos relucir descubran.

Ni entre tus trenzas de oro
 Bellas de tu verjel siembrés las flores,
 Ni del unguento en que el cabello bañes
 Con sábeos olores
 Mis sentidos engañes,
 Ni cuando á mi amor cedas
 El ávido placer de contemplarte,
 Sienta crujir las voluptuosas sedas
 Que al lujo ofrece corruptor el arte.

Sobre tus atavíos,
 Si rica te presentas, si elegante,
 Hoscos los ojos fijaré y sombríos.
 Al ver tu continente
 Que, cuando humilde, mis dolores calma,
 Arrugaré la frente
 Y el placer puro amárgará del alma
 Pronta y punzante idea,
 Que no en tus vestiduras
 El fino afecto lisonjear procuras
 Del firme amante que poseerte crea.
 Densa la noche, el céfiro oscurece
 Cuando tu rostro contemplar me es dado,
 Y así como ennegrece
 El valle matizado,

Borrará los colores
 De sedas , perlas y coral y flores.
 Es tu artificio para Claudio vano :
 Si con prolija mano
 En ataviar tu bella tez te obstinas,
 Si la fatiga de reciente danza
 En tu anheloso respirar sospecho ,
 O el cumplimiento atroz de la esperanza
 De mi rival odioso ,
 Torvo será de mi semblante el ceño.
 Mortíferas espinas
 Celoso clavaré en tu tierno pecho ,
 Y en vano , revolviéndote en tu lecho ,
 Procurarás que las embote el sueño.

Como la flor del olvidado bosque ,
 Cual siempre , sal sencilla : sal modesta ,
 Como el boton que riendo á la floresta
 Muestra rociado el trífido capullo ,
 No á par del sol en el azul del cielo
 Espléndida y radiante y ostentosa
 Te muestras con orgullo :
 Cubra tus miembros el honesto velo
 Que Luna ruborosa
 Corre sobre su faz , cuando á su curso
 Rauda se lanza hácia el cenit y hermosa.

El deslumbrante brillo
 Mi corazon detesta
 Que el artificio seductor te presta ,
 Y adoro en tí los atractivos bellos
 Con que tu tez ornára alma natura ;
 De tus blondos cabellos
 Los febles hilos de oro ,

La célica hermosura
 De tu semblante anjelical adoro.
 Muéstrate un dia ufana,
 Sedas vistiendo y perlas y diamantes;
 Tranquilo bien cual antes
 Sabré tu pompa encarecerte vana,
 Sin que un suspiro á tu esplendor tributo,
 Ni á tu mentida artificial belleza;
 Mas muéstrame al traves de leves mallas
 De tus rodillas, ó garganta, ó seno
 La púdica pureza,
 E ignífero veneno
 Mi corazon abrasará ajitado,
 Y ciego te amaré y enajenado.

Sácia tu tez mis ávidas miradas,
 Tu voz mi oido llena;
 Mis dudas y sospechas disipadas,
 Tu sola formas mi ecsistencia, Elena.
 Oh! sal, mi bien, que contemplarte quiero!....
 Mas ay! que en vano espero
 La dicha prometida
 Cien y cien veces y otras cien negada!
 Ingrata! cruel! de un mísero olvidada,
 Oigo que alienta en blanda paz dormida,
 Y yo; infeliz! los vientos
 De estériles lamentos
 Lleno y en vano el corazon fatigo!
 ¿Y puedes de tu amigo
 Olvidada dormir? ¿de blandas plumas
 El plácido recreo,
 Mas que de verme el vívido deseo
 En tu alma poderoso,
 Pudo á tus miembros prodigar reposo?
 Al menos tierna amante

Velávas en tu sueño,
Y entre tus brazos estrechar tu dueño
Creyeras un instante !....

Rápida en tanto se avanzó la noche :
Los astros de la víspera se hundieron
En el opuesto polo , y demudada
La bóveda estrellada
Con nuevos astros que naciendo fueron ,
Do quier sus campos va cediendo al día.
Del alba pura el esplendente coche
Rueda en el mar de oriente,
Y en púrpura se tiñe , cual naciente
Rosa primaveral, el almo cielo....

Y todavía velo !

Y Elena no ha venido !

Elena su promesa no ha cumplido !
Fementida mujer !.... Céfiro , atiende :

Antes que á mi retiro

Parta á llorar mi amarga desventura ,

Tu leve vuelo tiende :

El postrimer suspiro

Que estéril ecsalé en esta llanura ,
Lleva en tus alas : al rayar la aurora ,
Vuela en torno la ingrata ; de mi pena
Mensajero veraz : y dile : « Elena !
Por tí tu amante inconsolable llora. »

P. Mata.

A LA INTERVENCION ESTRANJERA.

Hijos briosos de la insigne España !
Hijos del pundonor, y de la gloria !
Despertad ya. Volved á la memoria ,

De vuestros padres la implacable saña
 A toda mengua. ¿Y quien echó mancilla
 A los antiguos bravos de Castilla?
 Sed sus hijos. Afrenta á quien permita,
 Que sienes extranjeras
 Se adornen de un laurel, que á las Iberas
 Debiera hermosear. No sea escrita
 Tan humillante página en la historia,
 Si debeis la victoria
 Al ajeno valor. Y como entonces
 Conculcado será tu nombre augusto
 Patria infeliz! No mostrarán los broncees
 De tus presentes hijos las hazañas,
 Ni será en mármol entallado el busto
 De hispano paladin. A las estrañas
 Naciones pasará tu nombradía,
 Envuelta ya tu luz en niebla umbría.

Y los que recordaren la pujanza
 De las huestes del Cid, y de Pelayo,
 Pasmados con la trájica mudanza,
 Baldonarán soberbios tu desmayo,
 Sus manos batirán, y meneando,
 A par de caña endeble, su cabeza,
 Entre sarcamos de feroz sonrisa,
 Esclamarán burlando:
 Es esta la nacion esclarecida?
 Esta la envidia y el terror del mundo?
 Donde su gloria fué? dó su grandeza?
 De su frente cayó la real divisa,
 Y rueda envilecida en polvo inmundo.
 La que ostentaba erguida
 En rozagante pompa galas de oro
 De burda lana; ó Dios! se viste apenas!
 En valde las falanjes agarenas
 Jactanciosa humilló. Fugaz decoro!

Ella á su vez tambien fuera humillada ,
Y á sus altivas sienes arrancada
La gloria del laurel.

Cual la doncella ,
Que un tiempo fué el amor de sus galanes ,
Cuando risueña y bella

El tierno corazon de quien la via
Moviera con sus gracias y ademanes :

Brillaba en su cabeza pedrería

Del remoto Zeylan. Sus negros rizos

Del cuello los jazmines realzaban ,

Y pudiera trazar su talle esbelto

De querubínea forma el aireuelto.

De su halagüeño labio á los hechizos

El desden sucumbia , y ya contaban

Sus ojos penetrantes

Cuantas miradas dió , tantos amantes.

Mas el tiempo la flor de su belleza

Sin piedad agostó. De su mejilla

Cae el carmin , la nieve de su frente ,

Empaña de sus ojos la viveza

Obscura niebla. La vejez doliente

Con férrea mano su semblante trilla ,

Y la infelice , que inspirára un dia

Bélico ardor á juvenil caterva ,

Llora aburrida en la mansion vacía ,

Y en torno suyo la irrision observa.

Y tal al fin de España ,

Será el destino impío.

Ah ! rompe el mármol que tus huesos cierra ,

Famoso vencedor de Cirinola ,

Sal del rico panteon , y mira el brio

Y valor , y honradez de la Española

Prosapia cual dejeneró. No cierra

Un escuadron ya contra un campo entero.

Desapareció el orgullo del Ibero,
 Y medroso á un oscuro vencimiento,
 Invoca el brazo, y el vigor, y aliento
 De su rival constante,
 Ya que enemiga no. Y los que huían
 Al vibrar de tu acero relumbrante,
 Los que tu patria desangrar querían,
 Los que al interno mal principio dieron
 Los que nuestra cerviz, que libre fuera
 So la coyunda, ay tristes, redujeron.....
 A estos la España invoca lastimera,
 Ante ellos se prosterna, vil se humilla,
 Cruza las manos, dobla la rodilla?
 Sí, ceñirán el lauro, lauro innoble
 Digno de execración. Su tropa doble
 Una vez y otra vez, de los Navarros
 Esterminio será. Vedla cual viene
 Por las gargantas del fatal Pirene.
 A qué es la copia de ominosos carros
 Do se asienta el cañon? La tierra jime
 So los ferrados cascos,
 Con que al azar la oprime
 La numerosa atroz caballería.
 A qué la espesa mies de bayonetas,
 Para atacar un mísero puñado
 De fuertes en la lid? Mi fantasía
 Hierve en nuevo calor. De las trompetas
 El tremendo sonido apresurado,
 El raudo pisoteo,
 Y humo, y fuego, y estrépito..... Que veo?
 Quien sobre el pico de escarpada sierra
 Está inmóvil? Un hijo es de la guerra,
 En su lanza se apoya, vuelve al Galo
 Su vista centellante..... Ah! es Gonzalo!
 El sol refleja en su acerado peto,

Vaga el penacho inquieto
En el crestón del yelmo fatigoso,
Y porque lagrimoso
Con la manopla enjuga su semblante?
Y porque..... huyó. Triste ilusión. Triunfante,
Triunfante es el francés. Ya los tambores
Del extranjero anuncian la victoria.
Les entregó Cantabria sus ruinas
Y Navarra infeliz sus esqueletos:
Gloria á los vencedores
De escombros y cadáveres! Si, gloria
Al que nos redimió de las carlinas
Y á sus cadenas nos dejó sujetos!
Y seguirá á su triunfo indecoroso.
El justo aplauso de la edad futura?
Puede lisonja abrir su boca impura,
Y bendecir los duros opresores.
Mas si despierta un día
Nuestra prole del sueño letargoso;
Gloria, clamará, gloria á los vencidos,
Horror á los extraños vencedores.
Víctima de lealtad cayó Sagunto,
Mas no Cártago heroica nombradía
Con el triunfo alcanzó. Tu malhadado
Caudillo de valientes, que difunto
Saciaste el hambre de salvajes fieras,
Con tu cuerpo de heridas destrozado,
Tú, solo tú, la gloria mereciste.
Ensalzen nuestras voces lastimeras
Tu funesto valor. La enseña hermosa,
Y el renombre Español tu sostuviste,
Y antes que mendigar socorro ajeno,
De los héroes la muerte valerosa
Al veloz infertunio puso freno.
Última gloria del hispano suelo!

Último resto del valor hispano !
 Henchirá nuestra voz el aire vano ,
 La tierra bañará el amargo duelo ,
 Y de laureles , tímidos y ocultos ,
 Tus huesos cubriremos insepultos.

¡ En qué pensais intrépidos guerreros
 Que de la Libertad , y de Isabela ,
 Tremolais enlazados los pendones ?
 Vosotros sed los que empuñeis aceros
 Que den justo escarmiento á las facciones.
 Vosotros..... si dudais de la victoria ,
 No os faltará un laurel. Morid ! La fama vuela
 Y vuestra mengua contará la historia ?
 Y el escarnio sereis de las Naciones ?
 Mientras el fuego patrio en vuestras venas
 Enardezca la sangre jenerosa ,
 Permitireis que con acento fiero
 Esclame el extranjero :
 Eh ! Nosotros fuimos ,
 Quien la victoria y el honor les dimos ?
 Oh no. Resucitad el nombre Ibero,
 No vuestros lauros aje esclarecidos
 El triunfo de los Galos : Si á su esfuerzo
 Sucumbe el fiero ejército , nosotros
 Nosotros, ¡ ay ! seremos los vencidos !!!

C. A. Forteza.

A LEONOR

en el drama *el Trobador.*

De una vírjen anjelical
 Habló la fama un dia ,
 Y emblema la decia

De celestial candor.
Y ardiendo entonces súbito
En amorosa llama,
El corazón se inflama
Del triste trovador.
Mas ay! que en el mísero
Es vano el jemir,
Y solo le es lícito
Callar y sufrir.

Su dulce afán solícito,
A su incógnita amada,
En serena alborada
Corre á cantar veloz.
Pero asombrado y tímido
Al verla tan donosa,
Se juzga ante una Diosa
Y se apaga su voz.
Oh! si, que en el mísero
Es vano el jemir,
Y solo le es lícito
Callar y sufrir.

Que avanzára si impávido,
A abrirse se atreviera?
Aumentar su quimera,
Hacer mayor su mal.
Que pretende frenético,
Hasta el empyreo cielo
Impune alzar el vuelo,
Nunca pudo un mortal.
Mas ay! para el mísero
Cuan triste es vivir,
Si solo le es lícito
Callar y sufrir.

—

Oh! vírjen, jenio pródigo
 Que tanto afan inspiras;
 Si sensible respiras
 Si eres diosa de amor,
 ¿Será sin prez que lánguido
 Suspirar de continuo
 Sea el cruel destino,
 Del triste trovador?
 Cuan triste ay! al mísero
 Le fuera el vivir,
 Si solo le es lícito,
 Callar y sufrir.

J. Güell y Poenté.

LITERATURA.

RICARDO DARLINGTON.

No deja de ser un verdadero anacronismo en nuestros días de progreso y civilización, proscribir del teatro de Barcelona á una de las mas bellas producciones de Alejandro Dumas, *Ricardo Darlington*. Aun cuando no fuese un rasgo valiente y hermoso de una pluma recomendable de la moderna escuela; que no tuviera mas valor que esos dramas insípidos con que se entretenia las mas de las noches al público Barcelonés; debería respetarse, ya que no aplaudirse, no atacando la pureza de las costumbres, no estando en pugna con los preceptos de una ríjida moral. Pero está tan distante de ser esto así, que *Ricardo Darlington* ha sucumbido al peso de sus laureles. Su autor trasladando á la escena lo que todos los días sucede en el gran teatro del mundo, ha ofrecido á la sociedad un cuadro per-

fecto pero terrible, un cuadro pintado con tintas horrosas y que revelan los crímenes de que es capaz un corazón cuya primera necesidad es una sed rabiosa de mando, de riquezas, de consideraciones. Afectos los más tiernos, sentimientos los más puros, todo lo sacrifica un ambicioso en una esposa que le idolatra, y que cifra en su amor y unión conyugal toda su felicidad y ventura; pero que ya es un estorbo lanzado en el camino que puede conducirle á los más encumbrados destinos de la grandeza humana.

No es mi objeto analizar aquí esta joya preciosa del teatro moderno; y sí esforzar mi débil voz contra un anatéma que arrebatara mil merecidos laureles al autor del drama que nos ocupa, y que en el mundo moral tiene más trascendencia de lo que á primera vista se desprende. En efecto, ¿como persuadir á la Europa y al mundo entero testigo de nuestra revolución política y social, sea esta el resultado de adelantos en la carrera de la civilización, apartando de entre nosotros una antorcha que arrojara torrentes de luz para proseguir acertadamente en la senda de nuestra rejeberación?....

Ricardo Darlington está proscrito del teatro de Barcelona..... He dicho en otra parte que tal desgracia es el producto de su mérito, nada comun. Ventajosa posición es la mia para asegurar que esto es así, cuando nadie se ha lanzado en la arena para disputarle la armonía y concierto de su plan, ni para eclipsarle sus bellezas literarias. Los motivos para borrarle del catálogo de las piezas, que deben representarse en el teatro de esta capital, no son otros que haber conmovido demasiado á sus espectadores, presentando al crimen con los hediondos atributos que le son propios. Si hubiera sido bosquejado con tintas lánguidas, incapaces de molestar las pasiones de los hombres, mas que no hubiese arrancado aplausos, *Ricardo Darlington* tendría vida en la escena de una nación que derrama su sangre para

romper con errores envejecidos. En tanto esto es así, que mil composiciones hemos visto en nuestros coliseos, en las cuales pasiones rastreras han triunfado de sentimientos nobles y jenerosos; dramas que nos han ofrecido el vicio sojuzgando la virtud; y que no obstante esto y su ninguna reputacion literaria, el Gobierno y el Pueblo con su presencia han autorizado su representacion con escándalo de la moral y del buen gusto. Pero bastaban ya para distraer el fastidio que les produjera á ciertas personas su vida muella, monótona, ociosa: mientras que *Ricardo Darlington* destruyendo las ilusiones de aquellos hombres de buena fé, que creen amigos y protectores á cuantos se les acercan, y ofreciéndose á los corrompidos como un espejo fatal que refleja las pasiones bastardas que los esclavizan: es para todos un espectro espantoso con ademan amenazador y cuya vista no pueden sobrellevar.

Enhorabuena que nos manifestemos filantrópicos en todas partes: pero no es el coliseo el lugar mas apropósito para hacer alarde de esta noble pasion. El mundo entero es el vasto campo donde debemos dar pruebas de que aborrecemos el crimen, que la desgracia arranca nuestra compasion, que nuestra sensibilidad se resiste á cuadros horrosos: y no solamente es bueno y laudable que alimentemos estos sentimientos, sino útil é indispensable si queremos mejorar la suerte de los pueblos. Por ventura los que mas contrarios se declaran á un *Anjelo*, á un *Trobador*, á un *Ricardo*, á estos partos tan preciosos como tristes de la moderna escuela, mintiendo una humanidad que acaso jamas han conocido, sean los mismos que con su apatía ó por no sacrificar una parte de sus comodidades, provocan el desarrollo de los jérmenes de la maldad. Dos hechos en los hombres forman la mas segura piedra de toque para apreciar los quilates de su moral: y no las palabras tan vagas como el aire en que se pierden. No basta esforzar nuestra voz contra los malvados, y manifestar

simpatías á las víctimas del infortunio : como no se alargue una mano consoladora á estas, y no contribuya cada uno con sus fuerzas al esterminio de aquellos, poco ó ningun mérito podremos alegar para el honroso título de humanos.

Pero prescindiendo de todo esto, y considerando la escena como una cátedra en la que se aprende á hablar bien, y donde con cuadros vivos y animados se purifican las costumbres, progresando la civilizacion ¿ por ventura ese nuevo y brillante destello del privilegiado talento de Dumas, no llena completamente ambos objetos?... Superfluo é impertinente seria probar lo primero cuando la fama del autor de *Ricardo* encierra la prenda mas segura de un lenguaje puro y adelantado : y no menos cierto y seguro es lo segundo aunque no tan asequible á vulgares imagiaciones. Y digo menos asequible, considerando que el único norte que pudo guiar á Dumas en sus sublimes arrebatos para alcanzar aquel fin, es precisamente el blanco de la crítica y sarcasmo de unas jentes que por no comprehender toda su majia y valor, ó cegados por su amor á otra clase de literatura, han sellado su intolerancia declamando altamente contra él. Y en verdad ¿ lograremos estirpar los vicios que corroen los vínculos de la sociedad, disfrazando su lívida y aterradora faz? No, y mil veces no. Para hacerlos aborrecibles, es preciso presentarlos con todos los horrores que encierran. El hombre jamas ha perpetrado delito alguno, sin que ilusorios resultados hayan fascinado su razon. El que inmola á su enemigo, es para acallar la sed de venganza que le atormenta : el ladron se lanza en la carretera para satisfacer sus desordenadas pasiones con el producto del robo : aun los mismos que obcecados por el crimen clavan el homicida puñal á cuantos alcanzan sus mortíferas manos, experimentan á vista de la víctima palpitante un infernal placer satisfaciendo el vértigo de destruccion que los ani-

ma. Y si esto sucede, no serémos nosotros con el autor de *Darlington*, y cuantos acaten la jóven literatura, quienes conspiren para mantener á los malvados en su fatal error. Mas que sea con formas teñidas en sangre, con maneras espantosas, hemos de enseñarles los precipicios que amagan engullirlos, para disponer su corazon de bronce á blandas sensaciones, para prepararlo á suaves afectos. Tambien se resiste nuestra humanidad á ocupar la escena con cuadros de terror: pero si abogamos por ellos; si nos servimos de golpes tremendos y casi irresistibles para perfeccionar la moral de los pueblos; no se culpe á nuestra naciente escuela, que un dia habrá de ejercer su dictadura en todo el orbe literario: cúlpese sí, á la sociedad corrompida que nos ofrece tristes modelos que copiar todos los dias.

Y no se crea que al escribir este artículo, trate de defender la gloria literaria de Alejandro Dumas; inútil trabajo cuando su mérito artístico está en rejion muy elevada para poder ser dislocado; tampoco pretendo un privilejio esclusivo para las producciones de la escuela que adoro: respeto como el que mas los monumentos del saber sublime de un *Moratin*, de un *Molière*, y no está en mis principios liberales la intolerancia: pero por estos mismos principios, por esta veneracion que tributo á las obras de los autores, empleo mi humilde pluma para que sean respetados los frutos de la escuela moderna, y tanto mas cuando el ilustrado público Barcelones, está dividido entre esta y su digna rival.

P. Soriguera.